



Manuel Azaña: la forja de un ateneísta

José Siles Artés

Publicado en: *El Ateneo : revista científica, literaria y artística*. Ateneo de Madrid, nº 15-16, diciembre 2006, pp. 161-169.

Manuel Azaña estuvo vinculado al Ateneo de Madrid durante más de tres décadas, con períodos espaciados de intensa actividad en esta institución. Fue secretario, depositario y presidente, cargo que ocupaba cuando entró a formar parte del Gobierno de la segunda República y que llegó a simultanear con la Presidencia del Consejo de Ministros hasta mayo del 32. Su trayectoria ateneísta constituye una de las líneas maestras del libro, *Monarquía, Dictadura, República* de Antonio Ruíz Salvador¹; y ha sido rastreada y comentada por el historiador Francisco Villacorta en el artículo, “Azaña y el Ateneo de Madrid. Una memoria olvidada”², donde toma en consideración su ejecutoria en el contexto de la “Docta Casa” y, paralelamente, su implicación en la vida pública española, de la que fue figura de primer orden. El presente trabajo se concentra en exponer: por un lado cómo vio y vivió Azaña el Ateneo a lo largo de los años y, por otro lado, cómo vieron a Azaña otras personas por referencia a dicha institución.

Manuel Azaña nace en Alcalá de Henares en 1880³. Allí cursa sus estudios primarios y secundarios y, desde 1893 a 1897, estudia leyes en el Real Colegio de Estudios Superiores de los padres agustinos del Monasterio de San Lorenzo del Escorial. La licenciatura la obtendrá en la Universidad de

¹ Valencia, Fernando Torres, 1976.

² En *Azaña*, edición de Vicente Alberto Serrano y José María San Luciano, Alcalá de Henares, Fundación Colegio del Rey, 1991.

³ Juan Marichal sigue paso a paso la trayectoria vital e intelectual de Manuel Azaña en su libro, *La vocación de Manuel Azaña*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1971.



Zaragoza en 1898. Se va a vivir a Madrid, por cuya universidad se doctora en 1900, se pone a trabajar de pasante en un despacho de abogados, y es entonces, con veinte años de edad, cuando empieza a frecuentar el Ateneo. “Mis recuerdos personales del Ateneo de Madrid se remontan a una treintena de años”, dice en “Tres generaciones del Ateneo”⁴, uno de sus discursos más importantes, pronunciado con ocasión de la apertura de curso de esta sociedad el 20 de noviembre de 1930.

¿Cuál fue la primera impresión que el joven Azaña recibió del Ateneo? Nos la ha dejado expresada así en el susodicho discurso: “Salas fuliginosas, el paramento negro, costumbres inveteradas, rutinas impuestas por los antiguos; y un tono casero, propiamente ateneísta, como el ambiente confinado, tabacoso y friolento. Concurrían ancianos ilustres que habían desempeñado papeles de importancia”⁵.

Tiene gran interés, por otra parte, el comentario de Azaña sobre cómo se vivió la crucial transición del siglo XIX al XX en el Ateneo de Madrid. “Viniendo al Ateneo en los albores del 900, ateneístas más antiguos me contaban horrorizados que en julio del 98 los tertulianos de la *Cacharrería* brindaron con champaña por la supuesta victoriosa salida de la escuadra de Cervera en Santiago de Cuba. Ello denota hasta dónde subió la marea del patriotismo en este lugar del libre examen. También en el Ateneo la depresión se proporcionó al chasco padecido. Un aluvión de gente nueva lo puso a tono con el ambiente social”⁶. “Lo más crudo y memorable de aquella transición fue la contienda de la gente nueva contra los viejos; memorable por su inaudito furor. Que una generación desaloje con poco miramiento a quien la antecede, es un fenómeno útil y necesario; por tanto, normal en los pueblos que trazan su historia sobre la razón de variar”⁷. Esa generación que irrumpe con tanta fuerza es la del 98, la que propicia el clima que en ese momento vive el país: “La repulsa, la crítica, el movimiento reformador, llegan ahora a punto de exaltación nacional, causados por recientes desdichas; pero antes de ser un hecho nacional, ya eran, en cuanto va de siglo, un hecho ateneísta”⁸.

De aquí pasa Azaña a considerar el Ateneo una cámara de resonancia de los grandes acontecimientos políticos y sociales de la nación, destinado a jugar por tanto un papel trascendental en la ruptura del viejo régimen que se ve llegar al galope. No olvidemos que Azaña está hablando en el Salón de Actos del Ateneo en noviembre de 1930; faltan cinco meses escasos para la

⁴ En el vol. I de sus *Obras Completas*, México, Ediciones Oasis, 1996, pág. 620.

⁵ *Ibíd.*, pág. 628.

⁶ *Ibíd.*

⁷ *Ibíd.*, pág. 630.

⁸ *Ibíd.*, pág. 632.



proclamación de la República. Las palabras siguientes sintonizaban exactamente con los sentimientos predominantes y debieron colocarle en la primera línea de salida para ejercer altos cargos: “Volviendo los ojos al mañana, es obvio que el Ateneo pondrá en las contiendas futuras su aportación genuina... En la gran renovación y trastorno necesitados por la sociedad española, la función del Ateneo es primordial. De las fuerzas activas, determinantes, que han de provocar las destrucciones irreparables deseadas, está en primer lugar la inteligencia”⁹.

De la etapa juvenil de Azaña en el Ateneo disponemos de un artículo titulado, “Tardes madrileñas. II. El Ateneo”, que publicó el 20 de marzo de 1903 en la revista *Gente Vieja* con el seudónimo de Salvador Rodrigo¹⁰. Es una parodia de un discurso de cátedra del Ateneo, en el que el disertante, un pretendido “sabio antropólogo”, habla “de la vida y caracteres del hombre cuaternario con la misma facilidad y confianza que si hablara de su peluquero”. El discurso lo escucha un visitante que llega a la conclusión de que el Ateneo es “la Holanda intelectual” de España y todas las demás instituciones del mismo género burdos tejidos de arpillera que no pueden comparársele”.

El estilo burlesco es empleado también por “Salvador Rodrigo” en otro artículo en que pone en solfa un homenaje hecho a Castelar en el Ateneo. Se titula *Dicharachos de la decena*, y fue publicado el 30 de abril de 1903 en la revista antes citada¹¹.

En 1903, el intelectual que es ya Manuel Azaña retorna a Alcalá de Henares, donde se asocia con su hermano Gregorio en una fábrica de electricidad. Pero la empresa se vendrá abajo, así como el patrimonio familiar, y Manuel recurrirá a hacer oposiciones, consiguiendo sacar una plaza de Auxiliares Terceros en la Dirección de los Registros y del Notariado del entonces llamado Ministerio de Gracia y Justicia. Estamos ya en 1910. Entre 1911 y 1912 hace estudios de Derecho Civil en París, becado por la Junta de Ampliación de Estudios. A su vuelta a España reanuda su asistencia al Ateneo, y en 1913 sale elegido Secretario en la candidatura de Romanones. Tiene entonces treinta y tres años.

Su época de Secretario fue sin duda muy activa, ocupándose con mucho celo de sanear las cuentas de la casa y de rehabilitar sus vetustas dependencias. Coincide también con una etapa de su vida en que el Ateneo constituía para él un lugar de refugio, de estudio y de convivencia. En su *Diario*:

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ En OO.CC., vol. I, págs. 48-52.

¹¹ *Ibíd.*, págs. 52-53.



1915¹² hay una serie de anotaciones que nos lo muestran. “Por la tarde, un rato dedicado al Ateneo...” (10-1). “Varios días de dispersión y ajetreo ateneísta. Sujeto por el cargo que obliga a un mundo de infusorios” (15-1)”. “Esta noche en el Ateneo, concierto por Turina y Falla” (15-1). “Pasé gran parte de la mañana y de la tarde en la biblioteca del Ateneo” (25-1). “Mi vida es ahora tan monótona, que los días pasan sin dejar nada notable o siquiera pintoresco, digno de consignarse aquí... estos meses de vida activa, en el empeño de administrar el Ateneo, y en los tanteos políticos, me han entretenido salvándome de la desesperación; pero a costa de empobrecer mi sensibilidad”(15-2).

De esta época de Secretario contamos también con los recuerdos de un joven culto que, recién doctorado en leyes en Bolonia, reaparece en el Ateneo una tarde de mayo de 1914. Este socio, Cipriano de Rivas Cherif, entra en la “Cacharrería”, donde encuentra ciertos cambios que no le agradan y que critica ante una tertulia en la que en ese momento se sienta el responsable, Manuel Azaña, a quien no conoce. Cipriano de Rivas será pronto un de los grandes amigos de Manuel Azaña, más tarde su cuñado, y posteriormente su biógrafo con un libro indispensable, *Retrato de un desconocido*¹³.

Nos dice Rivas Cherif¹⁴ que el secretario del Ateneo ya destacaba por su facilidad y precisión de palabra tanto en tertulias como en las Juntas Generales. Contaba con un grupo de incondicionales y con otro de opositores. Había saneado las cuentas del Ateneo y, por otro lado, era brusco en sus explicaciones a los interpelantes de las Juntas Generales, entre los que se distinguía un tal Sandalio Tendero, que enredaba y ralentizaba las sesiones con pejigueras reglamentistas y contables. Estaba ya iniciada la Primera Guerra Mundial y Azaña se había convertido en el primer francófilo del Ateneo. Y como no podía ser menos y es costumbre en la Docta Casa, ya le habían puesto un mote. Le llamaban *El Coronel* en base a su rigurosa gestión secretarial. Intervenia paralelamente Azaña en la vida cultural de la casa, siendo ejemplo de ello *Los motivos de la germanofilia*, una de sus conferencias más importantes; aquí sintonizaba con la polémica entre germanófilos y aliadófilos que tenía lugar en todo el país, y que en el Ateneo de Madrid se vivió con gran apasionamiento. Consigna Rivas Cherif también una conferencia de Azaña sobre Alcalá de Henares, vista desde sus vivencias infantiles.

En 1920, al regresar de París, Azaña dimite de la Secretaría del Ateneo, puesto que ha desempeñado durante siete años, y se desvincula de la

¹²En OO.CC., vol. III, págs. 809-827.

¹³ Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1981.

¹⁴ Op. cit., págs. 21-26.



institución, dedicándose cada vez más a la actividad de carácter político y, entreveradamente, a la creación literaria. Este abandono lo achacaría Azaña a “la feísima acción que cometieron conmigo algunas gentes que no podían soportar mis aciertos en aquella casa”¹⁵. Veamos dos opiniones nada simpatizantes con Azaña:

El periodista S. Cánovas Cervantes asegura que “... ejercía en la casa una verdadera dictadura. Nadie se explicaba cómo se las arreglaba este hombre singular, para salir reelegido en todas las Juntas generales; pero finalmente, las cosas se agriaron de tal forma, que Azaña se dio de baja como socio, marchándose a poner sus actividades al servicio del Partido Reformista...”¹⁶.

La versión del escritor y político Pedro Sainz Rodríguez es que como Azaña “no era a primera vista simpático, y sí bastante mandón, se produjo una reacción entre los socios y, en unas elecciones, fue derrocado de su sitial de secretario en el que ejercía una verdadera dictadura personal”¹⁷.

Aunque no cabe poner en duda la aspereza y la adustez del Manuel Azaña de aquella época, Sainz de Robles se revela como uno de sus detractores incondicionales, sobre todo cuando hace la autocomplaciente afirmación de que su reforma del ejército “fue una de las causas del fracaso y desaparición de la República”¹⁸.

Otra visión adversa de Azaña en el marco del Ateneo, nos la ha legado Ernesto Giménez Caballero, quien nos pinta una figura lúgubre, fanática: “Azaña paseaba mucho por los corredores con las manos en los bolsillos del pantalón. Me impresionó siempre su faz esteárica, exangüe, decolorada, obsesa”¹⁹. El perfil intelectual que traza, por otra parte, desprende un tufo de sesgada simplificación: “El Ateneo fue para Azaña todo. Todo lo que no tuvo en Alcalá... Azaña se acogió al Ateneo-en un principio-con pasión y empeño de provinciano... Azaña llegó a ser el Ateneo, y el Ateneo, Azaña. Azaña no se comprendería sin Alcalá y sin El Escorial. Pero mucho menos sin el Ateneo. Alcalá y El Escorial le formaron el carácter. El Ateneo fue el pretexto donde ejercitarlo, la divinidad a quien ofrendarlo”²⁰.

¹⁵ OO. CC., vol. IV, pág. 85.

¹⁶ En *Apuntes históricos de “Solidaridad Obrera”*, Barcelona, Ediciones C.R.T., s.f., pág. 111.

¹⁷ *Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, pág. 68.

¹⁸ *Ibíd.*, pág.68.

¹⁹ *Manuel Azaña (Profecías españolas)*, Madrid, 1975, Ediciones Turner, pág. 42.

²⁰ *Ibíd.*, pág. 89



Tras ocho años de separación, Azaña se reincorpora al Ateneo, en cuya Junta de Gobierno se integrará en el cargo de depositario. Era en marzo de 1930, pero cuando en mayo su presidente, el Dr. Marañón, renuncia a presentarse a reelección, Azaña se postula y es elegido.

En este Ateneo se reúne el llamado “Comité Revolucionario”, del que forma parte Azaña, que en su momento, a no tardar muchos meses, protagonizará la gestión de la República. Por entonces frecuentaba la casa una joven estudiante que conoce, admira y trata a Azaña. Es Josefina Carabias, la que llegaría a ser famosa y aguda periodista. Ella nos da fe de la labor de limpieza y restauración llevada a cabo por el nuevo presidente. “Restauró cuadros, arregló lámparas y consiguió, en fin, que el Ateneo, sin perder su aire entonado y ochocentista, se desprendiese de la cochambre que lo envolvía y que se iba haciendo cada vez más espesa”²¹. La biblioteca fue también objeto de estos cuidados.

En el día a día de la Docta Casa, Azaña empezaba a tener problemas. No conseguía que los morosos pagasen sus cuotas. El sacar la lista de los deudores en el tablón de anuncios fue considerado una afrenta y le valió un abucheo en la Junta General. Se llegó a proponer que sólo pagaran cuota los socios ilustres y los ricos²²: era un signo de decapitación de desigualdades que empezaba a sonar por delante de una República que estaba por llegar. Había ya quien al Comité Revolucionario llamaba el “Comité Reaccionario”.

Josefina Carabias no deja de observar al Presidente del Ateneo, al que ve como “un hombre con el que se puede hablar de cualquier cosa sencilla y llanamente”²³. Lo ve dándose una vuelta por los salones y sentándose alguna vez en la tertulia de Ricardo Baroja, Valle Inclán y otros amigos.

En diciembre se produce el golpe de Jaca, las autoridades cierran el Ateneo, y Azaña se esconde. Las tertulias se trasladan a distintos cafés y no regresarán a su sede hasta febrero del 31, cuando se convocan elecciones municipales, se vuelve a abrir el Ateneo, y reaparece Azaña.

Con la proclamación de la República el 14 de abril, Azaña se hace inmediatamente cargo de la cartera de Guerra, iniciándose un apartamiento del Ateneo, al que sólo acudiría en ocasiones puntuales

Con su fino sentido periodístico, Josefina Carabias se refiere a una ocasión en que Azaña, nimado, aureolado por la gloria del poder político, se

²¹ En *Azaña: los que le llamábamos don Manuel*. Barcelona, Plaza y Janés, 1980, pág. 20.

²² *Ibíd.*, págs. 28-29.

²³ *Ibíd.*, pág. 41



presenta en el Ateneo, del que es todavía presidente: “Era una tarde de domingo, creo que con motivo de un concierto. La sala estaba abarrotada y la orquesta, al entrar él, tocó el *Himno de Riego*”²⁴. Hubo una gran salva de aplausos, pero el Ateneo no podía dejar de ser el Ateneo, y también se oyeron muestras de rechazo procedentes de la tribuna.

A partir de aquí disponemos de minuciosa información sobre la vida pública de Azaña, suministrada por sus diarios, conocidos con el nombre de *Memorias Políticas y de Guerra*, que empezó a escribir el 2 de julio de 1931, en un afán por dejar para la posteridad sus impresiones y su intervención en el trascendental papel que le tocó desempeñar.

Los diarios de Azaña se ocupan principalmente de su quehacer político, pero el Ateneo surge una y otra vez en sus apuntes de este período inicial. Se le ve preocupado por la ejecución de unas obras que han de continuar las que llevó a cabo el año anterior, pero pronto, el 1 de septiembre, lo que le parece más digno de consignar son los incidentes que están teniendo lugar en la institución, como un *meeting* turbulento contra el Gobierno: “Se han llevado un público especial, extraño a la casa, que ha invadido el local desalojando a los socios. El Ateneo está allanado...”²⁵

El 9 de octubre Azaña refiere que el día 5 acudió a presidir una Junta General Extraordinaria, presionado por un grupo de socios. Se quería elevar a las Cortes una petición contra la acaparación de cargos y sueldos, a la que se suma Azaña, que comenta: “Yo desarmé a los que tenían ganas de ruido”. Hay en este apunte también un diagnóstico muy severo del Ateneo: “Sucede que los ateneístas más distinguidos son ahora diputados, ministros, gobernantes, subsecretarios, etcétera, y están en sus quehaceres, no van por allí. Queda una gran masa de socios anodinos y, revueltos con ellos, unos cuantos que pretenden continuar la agitación política del año pasado, creyéndose los verdaderos representantes de la revolución... son políticos y rrevolucionarios con muchas *erres*...” El Ateneo, agrega, está “muy perdido”, y se desharía si él no lo amparara, pareciéndole además imposible que pueda recobrar su antiguo esplendor. De esa sesión comenta don Manuel, con zumba no rara en él, que “Dos grupos de socios se encresparon un rato por decir si estaba o no estaba el ministro, sosteniendo unos que sí y otros que no. Fue cosa de risa”.

En la larga reseña del 13 de octubre Azaña dice que se ha negado a recibir una comisión de socios del Ateneo, y que éste está reunido en sesión permanente para ocuparse de los asuntos que discuten las Cortes. Ayer

²⁴ *Ibíd.*, págs. 88-89.

²⁵ *Memorias políticas y de Guerra*, OO. CC., p. 111.



celebraron una junta extraordinaria para “fijar la actitud del Ateneo en la cuestión religiosa”.

El 14 de octubre resulta decisivo, crucial, en la vida de Manuel Azaña y, por derivación, en la de todo el país. “Han continuado las cosas extraordinarias y la menor no es la que me ha sucedido a mí. Cuando acabe estos apuntes voy a ver cómo se duerme de Presidente de Gobierno”.

El día 16 tiene lugar una manifestación pidiendo la disolución de todas las órdenes religiosas, no sólo la expulsión de la Compañía de Jesús como habían aprobado las Cortes, promovida por unos cuantos socios del Ateneo²⁶. La Junta de Gobierno declara públicamente que no había autorizado aquella manifestación, y el doce de noviembre, siguiendo el dictamen favorable de la Comisión de Responsabilidades, se propone en Junta General para la expulsión de aquellos socios, propuesta que es derrotada.

Hay un día, el 16 de noviembre, en que Azaña atiende a las obligaciones de sus tres cargos. Al Ateneo acude a presidir una Junta de Gobierno, pero ya se ve que está deseando dejar esa presidencia: “Tengo un modo elegante de salir de la presidencia, en la que no quiero estar, a las resultas de la incapacidad ajena: la Constitución ha hecho incompatibles el cargo de ministro y el de presidente de sociedades particulares. ¡Qué gran idea!”

Enero del 32 será un mes de fortísimas tensiones que llegan a romper el entramado tradicional del país, siendo de especial impacto la disolución de la Compañía de Jesús y la entrada en vigor de la ley del divorcio. Y es en este contexto-el día 10 de enero-cuando le visita una comisión del Ateneo de Madrid, presidida por el socio Jiménez Siles, para hacerle entrega de unas conclusiones que eran: “destitución de Maura,; disolución de la Guardia Civil; expulsión de los frailes, y alguna otra cosa más; creo que armamento del pueblo... Les di un poco de palique, con mucha paciencia, y los calmé. Todos tenían mucha confianza en mí”.

El día 21 de marzo Azaña preside la Junta de Gobierno del Ateneo, consignando en su diario que la oposición quiere que dimita por incompatibilidad con la Presidencia del Gobierno. No lo va a hacer, dice, pero sí se abstendrá de presentarse a reelección en mayo, cosa que considera oportuno no comunicar todavía. En este asiento hay otra muestra de su descontento y amargura respecto a la Docta Casa: “El Ateneo está mal, atacado de brutalidad comunistoide, y un pequeño grupo de violentos y despechados se impone a la mayoría de los socios, que no van por allí.

²⁶ En A. Ruíz Salvador, op. cit., págs. 125-129.



Realmente el Ateneo me debe todo lo que es, incluso la existencia, porque cuando Primo de Rivera quiso destruirlo fundiéndolo con el Círculo de Bellas Artes, yo fui al Círculo y en una junta general conseguí que rechazase la fusión”²⁷.

Por fin, el 31 de mayo, registra: “He cesado en la presidencia del Ateneo, por cumplir los dos años que dura el cargo. Mucha gente quería que me presentase a la reelección; pero me he negado terminantemente”. El asiento de este día es muy importante porque explica también cómo y por qué vino a ocupar el puesto de Presidente del Ateneo, circunstancia a la me he referido más arriba. Encontramos aquí además un resumen de su ejecutoria: “En mayo, cuando tomé la presidencia, aquello era una grillería... Pagué las ochenta mil pesetas de deuda que había dejado la Junta ilegal impuesta por Primo de Rivera; hice obras por sesenta mil pesetas... e intenté dar al Ateneo una vida y una orientación más acordes con los tiempos...” Estima por otra parte el ya ex presidente que el Ateneo se ha quedado desfasado y que habría que tratar de reencauzarlo y que “cesara de cultivar la histeria, la irresponsabilidad, la falsa preparación y el recuerdo del parlamentarismo”. Reconoce que sus ocupaciones como primer ministro le impiden atender la Docta Casa, “y menos encauzarle por donde debiera ir”, y a continuación da rienda suelta a un evidente despecho; niega que él se haya formado en el Ateneo, porque “El Ateneo es incapaz de formar a nadie”, lo que no quita, admite, que allí aprendiera el ejercicio de la polémica cuando en 1913 accedió a la secretaría de la casa. “En todo lo demás, nada. Al contrario, siempre he sido el mayor adversario que los falsos valores del Ateneo han tenido”. Ante estas crudas invectivas, no podemos evitar el recordar su conferencia de dieciocho meses antes, *Tres generaciones del Ateneo*, de la cual hemos ya señalado la visión elogiosa y esperanzadora que el nuevo presidente daba. Cabe también evocar aquel apunte en que confesaba deber al Ateneo y a sus ocupaciones de secretario, el haber superado una profunda crisis espiritual.

Que el descontento de Azaña brota de las tensiones del momento, y que en el fondo todavía cree en la función cultural, social y política del Ateneo, lo demuestra el hecho de que cuando deja la presidencia del Gobierno, retorna a Prado, 21, donde preside la Sección de Ciencias Morales y Políticas, etapa que finalizará con su reincorporación al Gobierno tras el triunfo del Frente Popular en febrero del 36²⁸.

²⁷ Ese mérito se lo niega a Azaña, y se lo atribuye a sí mismo Pedro Sainz Rodríguez en op. cit., págs. 78-80.

²⁸ Mi fuente para toda esta etapa es Antonio Ruíz Salvador, op. cit., págs. 113-247.



El testigo de Azaña en el Ateneo lo recoge Valle-Inclán, que ocupará la presidencia hasta diciembre del 32; es decir, medio año. Le sucederá Augusto Barcia, destacado político azañista, cuya gobernación se extenderá hasta junio del 33, otro medio año. En junio es elegido presidente Unamuno, y por su parte Azaña, que el siete de septiembre dimite de la presidencia del Gobierno, se reincorpora al Ateneo, y más concretamente, a su Sección de Ciencias Morales y Políticas. Estamos ya en el llamado “Bienio Negro”, con la derecha en el poder y la izquierda en la oposición, que en el Ateneo organiza conferencias y actos contra la política reaccionaria, al tiempo que en el país en general va aumentando la tensión política, que alcanza su clímax en octubre del 34 con la “Revolución de Asturias” y sus sangrientas consecuencias. Para entonces el Presidente del Ateneo era Fernando de los Ríos-el 30 de mayo había sucedido a Unamuno-y en noviembre Azaña era nombrado Presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas. Prisionero entonces en Barcelona, sería liberado un mes después. La sección que dirige sigue siendo punta de lanza de la defensa de la democracia, y el 17 de mayo del 35 asiste a una comida homenaje a Bernardo G. de Candamo, notable bibliotecario del Ateneo. Ante los comensales, que por supuesto desconocían los vituperios de su diario al Ateneo, pronuncia un discurso del que el diario *El Sol*²⁹ reseñó algunos párrafos, como el siguiente, en el que transcribe “que en el Ateneo aprendió a contar con la opinión de los demás, al mismo tiempo que a expresar la propia, y que él respeta al Ateneo porque es una de las instituciones, quizá la única, donde esto tan difícil es. “Yo que soy tradicional y me gusta que las instituciones se hagan viejas, en el buen sentido de la palabra, no puedo menos de amar al Ateneo”,

El Ateneo, que ahora sentía en su propia carne el vilipendio de la prisión de Azaña, le dedicó un clamoroso aplauso cuando la humillación fue denunciada en una conferencia contra el proyecto de ley de prensa. Esto era en junio del 35, mes en el que Azaña es reelegido Presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, y en diciembre el Ateneo le otorga el título de socio de mérito. Estos reconocimientos demuestran la curación de heridas anteriores, y al mismo tiempo que don Manuel vuelve a configurarse como gran líder del sueño republicano. Y en efecto, se celebran las elecciones del 16 de febrero del 36; sale triunfador el Frente Popular, el 19 es Azaña de nuevo Presidente del Gobierno, y el 19 reanuda sus diarios, interrumpidos el 31 de mayo del 33. Es un vacío de dos años y ocho meses, casi todo el tiempo que estuvo en la oposición. Desde la presidencia de la República que ocupa el 11 de mayo del 36, Azaña continuará haciendo su escritura testimonial hasta el 28 de junio de 1939 con una carta a su amigo Angel Ossorio, donde hace un relato

²⁹ 18-5-1935, pág. 5.



pormenorizado de su salida de España, llena de incidentes; su carrera política ha terminado, y la muerte le llega un año y medio después, el 3 de noviembre de 1940. Su peripecia ateneísta había terminado, que yo sepa, con su retorno al Gobierno en febrero del 36.